



Esto pasaba en tiempo de Napoleón, cuando todo era grande. En la terrible batalla de Iéna (de la Hiena según otros autores), una bala le llevó el brazo izquierdo a Morcillín. Estas cosas pasan así, sencillamente.



¿Qué hizo el valiente militar? Lo recogió y se presentó al soberano con el brazo, digo sin él... es decir... ¡Bueno, ustedes me entienden!

—Majestad—le dijo.—¿Puedo retirarme para reparar este desperfecto?

—¡Bah! ¡bah!—murmuró el héroe.—Esas son niñerías para mí. Andá a tu puesto pronto.



Otra bala de cañón aligeró luego de una pierna a Morcillín, que se presentó con el regalo a Su Majestad, solicitando un reposo.

—No es nada, hombre—le dijo el genio de la Victoria.—Mandaré que te den una pierna de honor y te nombraré capitán de navío. Volvé allá, que el asado se pasa.



Pero poco después ocurrió este pequeño accidente—una cosa completamente natural en la guerra—y Morcillín consideró necesario ver de nuevo al emperador.



—¿Cómo, muchacho! ¿Otra vez por aquí?—exclamó sonriente el héroe.

Morcillín le dijo con voz apagada, pero firme:

—Señor, deseo retirarme para arreglar estos asuntos.



—Siempre con la misma música! Vamos, hombre, da parte de enfermo. ¡Te saliste con la tuya, por fin!

Aquellos sí que eran héroes, señores. ¡Qué tiempo aquel en que todo era grande, hasta las mentiras!